

RELIGIONES INDÍGENAS Y CRISTIANISMO

*José CORONA NUÑEZ,
Instituto Nacional de Antropología e Historia*

I. DIOS Y LA CAPTURA DEL HOMBRE

PARA COMPRENDER las religiones indígenas de México creo necesario que nos remontemos al pensamiento religioso de los filósofos paganos de Grecia y Roma hasta San Agustín. Aquellos pensaban que se podía llegar a Dios —fin supremo de toda sabiduría— mediante el propio esfuerzo del hombre. Para San Agustín, en cambio, esto es soberbia.

A Dios no se llega por propio esfuerzo, a Dios se llega por gracia. El hombre nada puede por sí mismo, su razón es impotente para llegar a Dios. Es Dios el que tiene que venir hacia el hombre. Tal es lo que ignoraba el pagano. El camino o ruta segura para alcanzar a Dios no es el de la razón, sino el de la humildad que espera la gracia.¹

Toda esta filosofía de San Agustín se sintetiza, de manera objetiva, en el escudo agustiniano que representa un corazón traspasado por dos flechas. Complementa y explica este símbolo un epígrafe que dice: "SAGITTAVERAS TU, DOMINE, COR MEUM CARITATE TUA", es decir: "Habías traspasado tú, Señor, mi corazón con las flechas de tu amor." En otras palabras, *Dios es un cazador del hombre*. Seguramente que en San Agustín habla su origen africano, ese substrato imborrable de pueblos eminentemente cazadores, que le hace expresar la *gracia* en forma de flechamiento.

Se ha dicho, por lo mismo, que el hombre hace a sus dioses a su imagen y semejanza. Si un pueblo es cazador, su dios tiene que ser un cazador por excelencia. Así los mexicanos representaban a su dios —el sol— por el águila, ave suprema cazadora del cielo. Antes que los mexicanos los tarascos tu-

vieron este mismo concepto, quizá originado en su antigua cultura chichimeca, pero que fue elaborado ampliamente en su posterior etapa de hombre sedentario, cuando ya pudo concebir toda una teoría o doctrina filosófica al respecto.

Esta doctrina debió ciertamente haber comenzado en México desde las culturas nómadas, cuando se ejecutaba la danza ritual en que un hombre era atado a un bastidor de madera y en torno de él giraban otros —seguramente representando diferentes atributos de la deidad— que lo iban flechando, como en una cacería celeste.

Pero donde más clara se hace esta captura del hombre por la divinidad es en la Guerra Sagrada o Guerra Florida. En ella Dios mismo captura al hombre, y no para alimentarse con su sangre precisamente, sino para capturar su corazón, puesto que esta entraña vital era la ofrecida a la deidad después del sacrificio de los aprisionados en dicha guerra.

Esto está representado hermosamente en el monumento azteca llamado por Caso, con toda razón, Teocalli de la Guerra Sagrada.² En la parte posterior de este monolito existente en el Museo Nacional de Antropología de México, aparece un águila sobre un nopal cuyas tunas o frutos son corazones humanos; dos de éstos están dentro de las garras del águila y de su pico brota el símbolo de la Guerra Florida: el *atl-tlachinolli*. Dios mismo —representado por el águila— aprisiona el corazón del hombre. Véase, pues, si los indios no comprenderían el símbolo del corazón traspasado por las flechas que campea en las fachadas de los magníficos templos que los agustinos hicieron edificar en el siglo xvi.

En cuanto al jeroglífico *atl-tlachinolli*, está formado por el símbolo del agua: *atl*, y por el del fuego o cosa quemada: *tlachinolli*, y puede significar que la guerra se hacía con el *atl-atl*: lanzadera con que se arrojan jabalinas —todavía en uso en el lago de Pátzcuaro— y mediante el incendio de los poblados. Pero también pudiera darnos a entender las dos maneras con las que Dios —*Tláloc* en este caso— captura al hombre para llevarlo al paraíso: el *Tlalocan*, mediante el agua y el fuego, fulminándolo con el rayo, o ahogándolo en el agua.

II. MONOTEÍSMO Y ESENCIA DE DIOS

Mas el Sol para el indio no era sino una gran hoguera, el fuego mismo. Como tal, no tenía forma definida. Su esencia tampoco era conocida. Vino sobre el hombre en forma de rayo. Como en la zarza ardiente, apareció en medio de las casas de los sacerdotes³ y desde entonces se inició su adoración en los templos. Allí ardió permanentemente en las hogueras, en los braseros.

Al radiante fuego del cielo, al Sol, no se le podía contemplar de frente, deslumbraba los ojos, era invisible. Se hizo necesario darle forma para presentarlo ante los creyentes y se le dio la de un anciano que se llamó *Huehuateotl*: “el Dios Viejo”. Éste, a diferencia del Padre Eterno del cristianismo, recibió más tarde una esposa, formándose así una pareja divina: *Tonaca-tecuhtli* y *Tonaca-cihuatl* —también nombrada *Ome-tecuhtli* y *Ome-cihuatl*—, a quienes se invocaba como los “señores de nuestra carne y nuestro sustento”. Sin embargo, esta esposa dada a cada uno de los dioses o advocaciones de ellos, no es sino la manera de explicar el principio de la dualidad que encierra el concepto de los dioses indígenas. Para que el pueblo entendiera que eran creadores, hubo que darles una esposa, pero, en la realidad teológica pura, cada dios tiene en sí mismo el principio masculino y femenino.

De esta manera, el Sol tiene por esposa a la Luna, y de este matrimonio procede el hijo que es Venus. Este hijo se llamó entre los toltecas *Tlahuizcalpan-tecuhtli*: “el Señor del Alba”, y también *Quetzalcóatl*: “Gemelo Precioso”, y *Ehécatl*: “Viento”, y *Xólotl*: “Estrella de la Tarde”, etc. No sólo es hijo del Sol sino también su sacerdote, y así los tarascos le llamaron *Curita-caheri*: “Gran Sacerdote”, y *Tariacuri*: “Sacerdote del Viento”, etc. Recibiendo distintos nombres en cada uno de los idiomas del México prehispánico, traspasó los linderos de nuestra patria llegando hasta la América del Sur —¿o viniendo de allá?—, pues un personaje igual a nuestro *Quetzalcóatl* se embarca en una totora y se pierde en el lago Titicaca. El culto rendido a esta deidad fue tan grande que las principales pirámides de Mesoamérica le fueron dedicadas.

Teniendo en cuenta que las deidades indígenas con sus múltiples nombres y distintas figuras no son más que advocaciones del Fuego-Sol, esposas o ayudantes de él, podemos afirmar que las religiones prehispánicas de América son mono-teístas.

Quizá el desconocimiento de la esencia del fuego, o el juzgarlo como efecto y no como causa, llevó a los indígenas al pensamiento de un dios no conocido al cual llamaron *Tloque Nahuaque*: "junto a quien está el ser de todas las cosas, conservándolas y sustentándolas".⁴ También se le nombró *Ipalnemohuani*: "Aquel por quien todos viven." A este dios levantó Netzahualcóyotl un magnífico templo en Texcoco.⁵ Con este hecho queda demostrado el gran ahinco que ponían los indígenas en los conocimientos filosóficos.

III. CRISTO Y QUETZALCÓATL

Lo más admirable de la religión indígena es haber llegado hasta la concepción de un personaje que participara, como Jesucristo, de las dos naturalezas: Dios y Hombre. El hijo de la pareja celeste: el Sol y la Luna, Venus, *se hizo hombre y habitó entre nosotros* con el nombre de *Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl*. Nació de una mujer llamada *Chimalma* que fue divinizada por haber muerto en el parto, y su padre fue *Mixcóatl*: "Serpiente de Nubes". Educado por sus abuelos maternos tomó posesión del reino de su padre gobernando en *Tula*, donde fue a la vez Sumo Sacerdote. Gran civilizador, abolió los sacrificios humanos —inconcebible herejía en su tiempo—, vivió entre penitencias y sufrió afrentas y persecuciones hasta que, abandonando *Tula*, desapareció por el oriente. Predijo que regresaría a tomar de nuevo posesión de su reino un año de su nombre: *Ce Acatl*.

Por lo anterior nos daremos cuenta de que para los indígenas fue fácil comprender la personalidad de Jesucristo y creer en ella sin antagonismo ni repugnancia, y con mayor razón cuando les fue presentada en la figura de un hombre sacrificado.

IV. EL SACRIFICIO HUMANO Y LA COMUNIÓN

Todo aquel que era hecho prisionero en la guerra, y sobre todo en la Guerra Florida, era tocado por Dios, predestinado al sacrificio. La gracia de Dios lo había capturado. Desde ese instante pertenecía a Dios y quedaría deshonrado para siempre si evadía tal captura.⁶

La parte medular del sacrificio consistía en que el sacrificado era un mensajero, un enviado de los hombres a los Dioses del Cielo, y como tal, él mismo era una deidad: el Mensajero Celeste, Venus mismo en la advocación de Mensajero del Sol. Por tal razón, al rodar la víctima por las gradas del templo, cuando ya le habían extraído el corazón, le cortaban pedazos de carne para comerla cocida con granos de maíz y frijol, con gran reverencia, para así aposentar en su cuerpo la carne y la sangre de aquel dios.

Por lo tanto, el cristianismo tampoco trajo nada nuevo al enseñarles a los indígenas el sacramento de la comunión, aunque sí debe haberles costado gran trabajo comprender y aceptar la transubstanciación de las especies, es decir, el que en la hostia *realmente* se encuentre la carne y la sangre de Cristo. Pero es seguro que algunos de sus antiguos ritos les ayudaron a comprender esto.

Entre las ceremonias del culto a *Huitzilopochtli* había una muy singular, que consistía en hacer una estatuita del dios con masa de bledos y comérsela el rey y cuatro jóvenes de México y otros cuatro de Tlatelolco. A la estatua le llamaban *Teocualo*, "Dios comido", y a los que la comían, *Teocuaque*, "Comedores de Dios". Esta especie de comulgación indujo a creer a varios autores piadosos que el Evangelio había sido predicado en Anáhuac y que el *Teocualo* era un vago recuerdo de la Eucaristía de los cristianos.⁷

V. "TODAS LAS FIERAS Y ANIMALES, BENDECID AL SEÑOR"

La fiesta máxima de la Iglesia Católica referente a la Eucaristía —el Jueves de Corpus— estaba mezclada hasta hace muy poco tiempo con simbólicas ceremonias de la religión indígena. El que esto escribe ha sido testigo de ello en Michoacán.

Cuando el templo y convento de agustinos de Cuitzeo dis-

ponía de su gran atrio (destruido por 1928), la procesión del Corpus se efectuaba de una a otra de las cuatro posas o capillas provisionales dispuestas en cada una de sus esquinas. Los indígenas construían verdaderos túneles de verdor en todo el trayecto de la procesión: ramas de sauz en los techos, tules entrecruzados formando las paredes o vallas, y ramas de perfumado mastranzo que cubrían el suelo. Por allí pasaba la custodia de oro, bajo un palio de tisú, mientras los cantores y la orquesta entonaban los cánticos del ritual romano. Bajo el techo de sauz veían pasar esta procesión —colgados de sus nidos de zacate— conejos, ardillas, coyotes pequeños, tlacuaches, aguilillas, tecolotes y otros animales montaraces que, sin duda, todavía representan para los indios elementos de sus antiguas creencias: las aves, a los dioses del cielo; los cuadrúpedos, a los de la tierra —especialmente el coyote: dios de la lujuria, el canto y la danza—; y las ardillas y el tlacuache, a las deidades que gobiernan el mundo subterráneo de los muertos.

Ante el ritual cristiano, la presencia de estos animales está plenamente justificada por ser la representación del Cántico de los Tres Jóvenes —que se salvaron milagrosamente del horno encendido—, que se usa en esta fiesta. . . .“aves todas del cielo, bendecid al Señor. Todas las fieras y animales, bendecid al Señor. . .”

VI. TONANTZIN Y LA MADRE DE DIOS

Es bien sabido que antes de la conquista española se adoraba en el Tepeyac a *Tonantzin*; “la Señora Nuestra Madre”, llamada también *Teteoinan*; “la Madre de los Dioses”.

Esta deidad indígena, como se dijo, es la Luna. Por tal razón y a pesar de las diferencias de otro orden, la Madre de Dios de los cristianos no debe haber repugnado al indígena ya que se la presentaron con una luna a sus pies. Cuando tuvieron que adorarla la reverenciaron con todos los ritos de su antigua religión.

En este capítulo es necesario volver de nuevo la vista a Michoacán donde, por lo que se verá en seguida, el culto a la

Virgen María tuvo más importancia que en ninguna otra parte de México en los principios de la evangelización.

Los tarascos rendían culto muy intenso a *Cuerauáperi*: “la Creadora”, “la Madre de los Dioses”. Como creadora, era la diosa de la tierra, es decir, de las plantas, de los frutos, de los animales, de las aguas, etc. y del hombre mismo. Ella, por ser la Luna, tenía que ver con el crecimiento de los árboles y de las plantas, como todavía se cree. Su templo principal estaba en *Zinapécuaro*, al oriente de *Tzintzuntzan*, centro religioso de los tarascos. Estaba allá su adoratorio porque ella creaba las nubes en el oriente y de allí las enviaba a toda la tierra. Y precisamente junto a su templo estaban las fuentes termales de *Araró*, cuyos vapores eran las nubes creadas por ella. Por otra parte, cuando algún niño nacía con el labio superior partido se le decía —y se le dice todavía— *cucho*, palabra tarasca que significa “tomado por la Luna”. En las tumbas de Nayarit se encuentran con mucha frecuencia las imágenes de los caciques allí sepultados, hechas en barro, presentando este labio cortado o leporino. Sin duda esta deformación tuvo que ser intencional muchas veces para mostrar al pueblo la predestinación al cacicazgo y al sacerdocio. Con esto se demuestra que el culto a la luna se extendía preponderantemente por todo el occidente de México.

Con la conquista española llegaron a Michoacán los misioneros franciscanos. Uno de ellos, Fr. Juan de San Miguel, fundó los hospitales de indios,⁸ que después Vasco de Quiroga incrementó. Todos estos hospitales —hospederías comunales con servicios médicos, entre otros— tuvieron por patrona a la Inmaculada Concepción, motivo por el cual los indios se entregaron casi totalmente al culto de la Madre de Dios, confundiendo indudablemente en esta advocación tanto a la deidad cristiana como a la indígena. Entonces se estableció en estos hospitales un culto muy especial que participa en gran parte del ritual y de la organización prehispánicos.

Las ceremonias que adelante describo todavía se efectuaban por los veintes del presente siglo en honor de la Virgen del Hospital de Cuitzeo, imagen de caña de maíz hecha en el siglo xvi.

VII. CEREMONIAS EN LOS HOSPITALES INDÍGENAS

En todos los pueblos han desaparecido la hospedería, la enfermería y demás anexos de los antiguos hospitales, y solamente se conserva la capilla o “templo del Hospital” y la *Guatápera* en algunos casos. El nombre correcto de esta última debe ser “*Uatáperio*”, edificio donde residían las mujeres al servicio del hospital y su gobernadora: la *Uatáperi*.

Para sostener el culto del templo, los indios han creado una “cuadrilla de mandones”, personas que aceptan el cargo, las más de las veces porque lo han prometido en una “manda”, y que se llaman *cargueros* y forman el siguiente cuerpo:

Mayordomo
 Prioste
 Catzunda
 Madre Mayor (la *Uatáperi*?)
 Huanánchates
 Fiscales y el
 Quengue.

Los miembros de esta cuadrilla usan en las ceremonias una manta blanca que les cubre la cabeza y llega hasta la cintura. Sobre ella, una corona de cuero grueso y policromado —de muy antigua factura— les ciñe la frente. A esta manta todavía se le nombra en tarasco *tasta*.

Las atribuciones de cada miembro de la cuadrilla son: El Mayordomo tiene ascendiente sobre todos y asume la mayor representación. Está en aptitud de hacer todos los trabajos, dirigirlos y supervisarlos.

El Prioste cuida los valores del templo: ropa de la Virgen, candeleros, velas, incensarios, etc. Tiene las llaves del templo y de la *Guatápera*, que terminó por ser un cuarto redondo donde se guardan los objetos del culto.

La *Catzunda* es una niña que quizá represente a la propia Virgen. Se encarga de poner la *tasta* y la corona a los miembros de la cuadrilla, mientras cada uno de ellos permanece arrodillado ante ella. Encabeza las procesiones portando un sahumador donde arden granos de copal. A los padres de esta niña se les llama “los catzundos”.

La Madre Mayor se encarga directamente del adorno del templo para las festividades.

Los *Huanánchates* —la palabra correcta en tarasco es *Uananchatiecha*: cargadores— son cuatro individuos que tienen por oficio cargar a la Virgen en las andas, en cuyo acto los remudan los cuatro fiscales.

Los fiscales y los *huanánchates*, además de cargar a la Virgen, tienen la obligación de adquirir todo lo necesario para las festividades: matas de tule, ramas olorosas y de ornato, naranjas, chilacayotes, plátanos y los panes para la ofrenda: *pandánicua*, así como tortillas, tamales y los cohetes.

El *Quengue* es el encargado de repicar las campanas, organizar el lanzamiento de los cohetes y el encendido de los enchorizados o ristes de cohetes que se encienden en batería.

Son dos las festividades principales que se celebran cada año: las “salves” que se efectúan cada uno de los cuatro sábados de la cuaresma, y el novenario de la Virgen —nueve días en que se celebran rosarios solemnes por la tarde— que termina el día 8 de diciembre, festividad de la Inmaculada Concepción.

Las cuatro “salves” están sumergidas en el ritual indígena. La Madre de los Dioses, como creadora de las nubes, es señora de cuatro personajes que con ella aparecen en la lámina 30 del *Códice Borbónico*: la Nube Blanca del Poniente, la Nube Roja del Oriente, la Nube Azul o Negra del Sur y la Nube Amarilla del Norte; deidades que la *Relación de Michoacán* nombra “las Cuatro Partes del Mundo”. La ceremonia de las cuatro “salves” es la siguiente:

Después del rosario celebrado por la tarde dentro del templo parroquial, sacan los indios en procesión a la Virgen del Tránsito cuya imagen está recostada en un lecho de madera; es de tamaño natural y aparece vestida con tisú, corona de oro y una palma, también de oro, sobre el pecho; tiene las manos juntas en actitud de orar; y, a sus pies, una media luna de plata. La conducen hacia cuatro altares o “posas” dispuestos en cada uno de los cuatro ángulos del atrio donde la depositan los cargadores mientras un sacerdote católico, revestido de capa pluvial, le canta una salve en latín que corean los can-

tores ayudados por un armonium portátil, canto que origina el nombre de esta ceremonia.

La procesión va dispuesta de la siguiente manera: la enca-beza la *Catzunda* con un sahumador en que quema copal, en seguida la Madre Mayor con el estandarte de la Virgen, después tres acólitos portando la “cruz alta” y los ciriales, luego la Virgen cargada por los *Huanánchates*, junto a éstos, los fiscales dispuestos a remudarlos, y finalmente, el sacerdote acompañado de un acólito que porta el incensario con el cual aquel incensa a la imagen al terminar de cantar cada salve.

Cuando a esta procesión concurren los santos de las capillas de los barrios, sus estandartes y las andas o palanquines en que van ellos, desfilan tras del estandarte de la Virgen. En los remates de estos estandartes —relicarios de plata en forma de estrella o de cruz con cristal en el centro— en la “cruz alta” y en los ciriales, van colgando sartas de cuatro naranjas forradas de oro volador, o panes en forma de animal, cuyo conjunto se denomina *pandánicua*. El individuo encargado de colocar esta *pandánicua* en los estandartes, etc. —y el pie de cada uno de los santos, según recuerdo— recibe el nombre de *Cochuspe* o *Cuchuspe*, nombre que se puede traducir por “servidor de la luna”, pues luna, en tarasco, se escribe *cutzi*, pero se pronuncia *cutzú* o *cuchú*.

En cuanto al novenario en honor de la Inmaculada Concepción, termina el día siete de diciembre con unos maitines celebrados con toda pompa por tres sacerdotes durante las primeras horas de la noche, y son seguidos de una fiesta popular en el atrio del Hospital, amenizada con una banda de música “de viento”, fuegos artificiales y cohetes. Durante esta verbena los indígenas que forman la “cuadrilla” beben atole de cacao o “atole de carrizo”, como también le dicen; bebida hecha de cáscara de cacao, pinole de maíz y piloncillo. Se sirve en ollas y se usa un pequeño carrizo para mover los ingredientes al tomarlo.

Al día siguiente, 8 de diciembre, hay misa solemne de tres padres, en la mañana, y, por la tarde, rosario y una procesión semejante a la ya descrita, pero en ella sacan a la Inmaculada Concepción en lugar de la Virgen del Tránsito.

Para invitar a esta fiesta a los santos patronos de los barrios, va el Mayordomo con su acompañamiento a la casa del carguero de cada santo llevándole una olla de “atole de carrizo”, un canasto de *corundas* (tamales hechos con maíz que ha sido cocido con ceniza), una olla de mole, “gordas” (tortillas gruesas) de maíz azules y blancas —colores de la Inmaculada— y un cántaro de pulque. Presidiendo este convite llevan una estatua pequeña de la Virgen que tiene los brazos abiertos y una flor en cada mano. Le llaman “la Virgen atolerita”.

En esta fiesta del 8 de diciembre, dentro del templo del Hospital, los altares de los santos —que son en forma piramidal escalonada— tienen detrás un resplandor formado por tules arrancados de raíz que forman así una gama de colores desde el blanco al verde oscuro, pasando por el amarillo y el verde tierno. En la parte blanca de la raíz del tule aplican grecas compuestas por chilacayotes plateados, alternados con manos de plátanos a manera de conchas, y bordeados de una sarta de naranjas forradas con pedazos de oro volador. Estos resplandores semejan grandes penachos de plumas de quetzal adornados con oro y plata, metales dedicados a los dioses del cielo y que los nahua llamaban *teocuitlatl*: “excremento divino”. Los tarascos decían que el oro era el excremento del Sol, y la plata el de la Luna.⁹

En todas las fiestas que los indios celebran dentro del Hospital hacen gran uso del copal, a pesar que dentro de un arcón que hay en la sacristía del propio templo, el que esto escribe vio hace mucho tiempo un documento en que el obispo Vasco de Quiroga u otro de los que le sucedieron les prohibía hacer “sus grandes humaredas” y usar el tabaco dentro de los templos. Esto nos recuerda la costumbre que tenían los sacerdotes tarascos de poner bolas de tabaco con copal en las hogueras de los templos para que las nubes de humo sirvieran de alimento a los dioses del cielo. Esta prohibición nos da a entender que todavía después de la conquista los indios practicaban este antiguo rito dentro de los templos cristianos.

La organización indígena, ceremonias y costumbres que acabo de describir, son muy semejantes a las de los modernos aimaras y quechuas, hasta en detalles como el de invitar ami-

gos para que ayudaran a los cargueros en sus tareas y a los cuales los tarascos nombraban *payipacua*.¹⁰ Esto constituye uno más de esos misteriosos lazos culturales que existen entre Michoacán y la región ecuatorial de la América del Sur.

VIII. LA CRUZ DE CRISTO Y LA CRUZ DE QUETZALCÓATL

El símbolo cristiano de la cruz fue lo primero que captaron los indios de México. Se los mostraron los misioneros y lo entendieron perfectamente. Para el indio la cruz simbolizaba el Fuego y, por ende, el Sol y Venus su sacerdote y mensajero. Los braseros e incensarios empleados en el culto al Fuego tienen perforaciones en forma de cruz. El monumento redondo de Ixtlán en Nayarit muestra, en el pretil que lo corona, ventanillas cruciformes que le dan el aspecto de un brasero gigante. En los jeroglíficos de códices y monumentos se representa al oro —que vimos ser el excremento del Sol— por una cruz y cuatro puntos intermedios entre el cuerpo y los brazos. *Venus-Quetzalcóatl* ostentaba en su manto cruces negras y rojas, motivo por el cual —agregando lo de hombre blanco y barbado— fue confundido con el apóstol Santo Tomás.

Para los indígenas la cruz era, además, el símbolo del Universo que representaban por medio de cinco puntos dispuestos como el número cinco de los dados, es decir, un punto central y cuatro distribuidos en cada uno de los puntos cardinales donde ellos colocaban una deidad —advocación del Sol— a cuyo conjunto los tarascos llamaban “los Dioses de las Cuatro Partes del Mundo”. La unión de esos cinco puntos se hacía con dos líneas rectas que se cruzaban en el punto central, originándose así la cruz. La triple representación de este símbolo valía para la región del cielo, de la tierra y del mundo de los muertos que estaba debajo de la tierra. Así quedaba simbolizado el Universo indígena.

Por lo tanto, no es extraña la adoración de los chamulas a tres grandes cruces, que tienen erigidas en el atrio de su santuario de San Juan Chamula, en los ritos que celebran el día de la Santa Cruz, mezclados de religión prehispánica y cristiana, en los que no interviene ningún ministro católico.

Y quizá no esté ausente este sentimiento religioso antiguo en los festejos que hacen a la cruz los albañiles en todo el país en esa festividad del 3 de mayo.

IX. ACTITUD DEI INDÍGENA ANTE EL CRISTIANISMO

EN EL SIGLO XVI

Sin embargo, recién terminada la conquista, se registraron choques entre una y otra religión. Parece que el indio se dio cuenta bien pronto de que la nueva religión que les traían los europeos no estaba de acuerdo con su antigua filosofía religiosa. Nunca habían visto que un pueblo enemigo llevara a cabo tal destrucción de deidades y templos. Siendo el Universo uno solo, las deidades tienen que ser las mismas para todos los hombres, no importa el nombre que ellas tengan, ni la figura que se les dé. La historia antigua de México está llena de pasajes en que los indios, ante una conquista, adoptaban inmediatamente los dioses del enemigo diciendo: "tan bueno es tu dios como el mío". Ante el ataque español a sus deidades los indios se refugiaron en las cuevas para celebrar sus antiguos ritos y de allí eran extraídos por los misioneros y llevados a lugares de reclusión —a los hospitales de indios en el caso de Michoacán—, donde recibían doctrina y azotes. Entonces, marrulleramente, el indio adoró a sus antiguos dioses a través de los nuevos; pero, para que esto sucediera, pasaron muchos años al cabo de los cuales fueron perdiendo su gran filosofía liberal.

Con toda razón Jacques Soustelle dice:

La religión mexicana era una religión abierta. Los aztecas vencedores sólo buscaban anexas al imperio, con las provincias conquistadas, los dioses que éstas adoraban. El recinto del gran *teocalli* acogía a todas las divinidades extranjeras y los sacerdotes de Tenochtitlán, curiosos de saber y de ritos, adoptaban de buen grado mitos y prácticas de los países lejanos que recorrían los ejércitos. Ésa fue la base de la mutua incomprensión que opuso a los mexicanos y a los españoles; los unos que adoraban a dioses múltiples y que estaban dispuestos a recibir entre los suyos a los que traían consigo los recién llegados; los otros, sectarios de una religión exclusiva que sólo podían levantar sus templos sobre las ruinas de los templos antiguos.¹¹

Y yo digo que desde ese momento la cultura indígena de América perdió una de sus incomparables joyas: la comprensión mutua que debe existir entre idea e idea, entre hombre y hombre.

NOTAS

¹ Leopoldo ZEA, *La conciencia del hombre en la filosofía*, México, 1935, p. 237.

² Alfonso CASO, *El Teocalli de la Guerra Sagrada*, México, 1927. En la poesía indígena se llama "flor" al corazón del hombre. Teniendo esto en cuenta, resulta muy adecuado el nombre de Guerra Florida dado a una lucha donde se hacía acopio de corazones humanos.

³ *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobernación de los indios de la provincia de Mechuacan*, Morelia, 1903, p. 27. Se dice aquí que el fuego apareció milagrosamente en medio de las casas de los papas (sacerdotes) y como tales casas eran tres, con ellas se simbolizan las tres piedras que forman el fogón mexicano. En náhuatl a cada una de estas piedras se llama *tenamaztle* y en tarasco *parangua*.

⁴ Fray Alonso de MOLINA, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, Madrid, 1944, p. 148.

⁵ Alfonso CASO, *El Pueblo del Sol*, México, 1953, p. 18.

⁶ JOSÉ CORONA NÚÑEZ, *Mitología tarasca*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, p. 57.

⁷ Cecilio A. ROBELO, *Diccionario de mitología náhuatl*, México, 1911, p. 226.

⁸ Fray Pablo BEAUMONT, *Crónica de Michoacán*, México, 1932, p. 116, al final, y nota.

⁹ *Relación de las ceremonias y ritos*, etc. Morelia, 1903, p. 285.

¹⁰ Confrontar la obra de Rígoberto PAREDES: *Ritos, supersticiones y supervivencias populares de Bolivia*. La Paz, 1920.

¹¹ Jacques SOUSTELLE, *La vida cotidiana de los aztecas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1956, p. 124.